



“LA ESCULTURA DE CERA.”

Después de haber pasado la tarde entera jugando á los bolos, regresamos del Tívoli del Eliseo, donde se celebró el banquete que un grupo de amigos, compañeros y admiradores, ofrecimos al Doctor Muriel con motivo del éxito obtenido por uno de sus notables estudios sobre la profilaxia de las enfermedades epidémicas. La fiesta resultó brillante, encantadora, y la concurrencia, selecta y numerosa, había venido reduciéndose paulatinamente en el resto de la tarde y durante nuestra vuelta en el tranvía. Los Doctores Muriel, Zapiain y Robledal y este amigo viejo del primero constituíamos el resto del alegre grupo al entrar por la Avenida de San Francisco, á la hora en que por sus calles pasea una multitud heterogénea de peatones y, á la orilla de sus aceras, desfilan con marcha somnolienta incontables y diversos carruajes, contra cuya lenta y monótona marcha parece protestar el jadeo de los automóviles caldeados ante la embolia enojosa, la obstrucción rutinaria, resto de viejas costumbres, que noche á noche congestiona la vía pública.

Cansados nuestros oídos del bullicio y fatigados

nuestros ojos por los mil focos incandescentes de aparadores y rótulos, derivamos por una de las calles laterales para acompañar á nuestro invitado hasta su domicilio. Detuvimonos, á poco andar, ante un almacén que había permanecido clausurado por algún tiempo y que, á la sazón, se ofrecía abierto al público ostentando, á la luz de una hilera de foquillos de colores, un enorme rótulo pintado en letras blancas sobre una ancha tira de manta roja que agitaba el nocturno airecillo, y en el que se leía la frase "Museo Anatómico-Científico," estando tapizadas las maderas que cubrían los cristales de los aparadores, con una multitud de cartelillos en que el establecimiento se anunciaba con artículos rimbombásticos.

A un lado de la entrada, sentado en uno de esos sillones de lajas de madera y fondo de cuero que en el interior de nuestra República se designan con el nombre de equipales, tras de una mesilla cuadrada cubierta con una manchada carpeta de cretona de flores amarillas y verdes sobre fondo rojo, y delante de un cancel improvisado con un cortinaje de la misma tela, hallábase un viejecillo raquítico que parecía dormir, mostrando su brillante calva arriba del cuaderno de boletos sobre el que se inclinaba cabeceando. La gente pasaba de largo y no era difícil adivinar que ni una mosca, como vulgarmente se dice, acudía al reclamo de los anuncios.

Confieso que, de naturaleza curiosa, soy afecto á meterme en lo que no me atañe, hojeando libros y revistas científicas, investigando las causas de los fenómenos naturales y morbosos y siguiendo ávidamente, doquier que la puedo encontrar, la palabra, la letra, la descripción gráfica ó plástica de la ciencia médica entre otras, sin duda en razón de aquel nuestro viejo refrán que á todos nos asigna una porción de médico, poeta y loco. No parecerá pues extraño el que yo hubiera propuesto á

mis buenos amigos el hacer una visita al desierto espectáculo donde, asesorado por tan sabios guías, atraparía más de una explicación amena é instructiva. Tal vehemencia se manifestaba en mi deseo y tan persuasiva era mi súplica que, accediendo á ella, penetraron conmigo mis complacientes compañeros de excursión.



No había nadie en el extenso salón iluminado por cuatro focos de arco colocados á distancias regulares, á excepción de un criado, tan soñoliento como el expendedor de boletos y que, levantándose de un cajón vacío que le servía de escabel, se frotó los ojos contemplándonos con absorta y estúpida mirada, yendo lentamente á colocarse junto á la cortina del cancel.

A lo largo de las paredes, sobre tablas forradas de manta ennegrecida y recargados contra el muro, mostrábanse en hilera fanales de cristal y cuadros-cajas en que estaban depositadas las obras de modelado en cera colorida que reproducían curiosos ejemplares de embriología, teratología, antropología criminal, órganos y aparatos humanos disecados en que aparecían las huellas de venenos ó tremendas enfermedades, bustos y cabezas retratos de criminales célebres, amplificaciones de colonias de bacterias y tegidos por ellas atacados, una multitud de piezas anatómicas, en fin, todo ello clasificado y etiquetado con someras explicaciones impresas en fragmentos de papel amarillento que parecían recortes de periódicos antiguos.

Dimos lentamente la vuelta al salón, contemplando los ejemplares expuestos y escuchando yo los instructivos comentarios que, en socorro de mi ignorancia, hacían mis benévolos amigos. Al final

de la serie se hallaban las piezas mayores sobre pedestales de madera pintada de negro que despertaban la idea de urnas funerarias, y bajo el fanal de cinco cristales que las protegía del polvo. La primera de ellas era un "cadáver de mujer," semi-envuelta en su mortaja, lienzo que parecía haber estado realmente bajo la acción corrosiva de la húmeda tierra sepulcral. La deficiencia de todas las demás reproducciones, aparecía en el instante de contemplar aquella escultura maravillosa, tan cercana á la verdad que con ella se confundía; tan fiel en su conjunto y en sus menores detalles, que todos retrocedimos impresionados, como si hubiéramos tropezado inesperadamente con una sepultura abierta, olvidando el lugar en que nos hallábamos; pero, por grande que fuera esta impresión, en ninguno se manifestó tan poderosamente como en el Doctor Muriel que, profundamente conmovido, retrocedió brusca y torpemente balbuceando un: "es ella" que nos dejó suspensos y azorados. Por fin, dominándose y recobrando su sangre fría, aunque muy pálido, nos pidió le excusáramos y nos instó á estudiar minuciosamente aquella obra incomparable, que él ya conocía, y cuyas particularidades nos arrancaron exclamaciones de la más intensa admiración.

Era. . . . no; representaba, el cadáver de una mujer de veintiséis años, de raza latina y de una belleza singular. La rubia cabellera, abundante y ondulosa, caía desatada sobre la amarillenta almohada de lino; la frente pálida y despejada en que se percibía el tejido de la piel sedosa y tersa con su brillo mate; las cejas tranquilas y los párpados entrecerrados suavemente, bajo los que se transparentaba ténue el perfil del globo ocular del que se percibía una delgada franja bajo las pestañas; la nariz correcta de pequeños lóbulos dilatados por la agonía, la boca de lívidos labios; la oreja diminuta, exangüe y trasparente, que asomaba

bajo los cabellos; el cuello mórbido y marfilino; las manos afligranadas y aristocráticas de largos y aguzados dedos y uñas amoratadas, crispadas y unidas sobre el pecho abrazando un crucifijo de madera y bronce; el torso de correctas curvas que se dibujaba bajo el sudario cuyos pliegues seguían las formas esculturales y, finalmente, un pie desnudo, cuidado y pequeñín que asomaba bajo el extremo de la mortaja, todo ello revelaba el estudio profundo del artista, la riqueza de sus conocimientos científicos y, á la vez que un sentimiento estético rayano en lo sublime, un conocimiento anatómico absoluto que se revelaba en la inervación y venación que, bajo la piel fingida se destacaban. Toda la colección expuesta no valía la centésima parte de aquel ejemplar, único é inimitable! Después de haber visto aquella, las demás figuras no merecieron nuestra atención y abandonamos la sala por la súbita conmoción del Doctor Muriel, sin atrevernos á indagar su motivo, temerosos de incurrir en pecado de indiscreción.



Acompañamos al Doctor hasta la puerta de su casa, pensando despedirnos ante ella; pero él entonces, con vivas instancias, nos hizo pasar ordenando se nos sirviera una taza de thé é introduciéndonos en su comfortable y elegante sala, donde el tono verde gris domina en las colgaduras de felpa, en la alfombra de alta y mullida lana, en el brocado de los dorados muebles, en las caprichosas pantallas del candil y candelabros de cintilante cristal de Bohemia, en la carpeta bordada que cubre al lindo piano de caoba, en el papel grabado en relieve de las paredes y en el cielo ó plafond pintado al óleo por diestra mano.

Nos instalamos cómodamente en el estrado, en

el centro del que se colocó una mesilla de dorada talla florentina, cuya cubierta la formaba un plátón circular de esmalte incrustado en un marco sembrado de medallones ovalados, de esmalte también y en los que el artista había pintado los retratos de notables personajes del imperio Napoleónico. Sirviose el thé ofreciéndosenos con él un Cognac exquisito y nuestro huésped, luego que el criado se retiró, nos dijo:

—Me permití detener á ustedes, con el doble objeto de gozar por algún tiempo más de su agradable compañía y para darles la clave del enigma que, á pesar de su discreción, veo claramente ha producido en ustedes una curiosidad vivísima que encuentro muy natural. La sorpresa que no pude dominar y que me produjo la vista de la escultura de cera es de explicarse por que esa figura guarda para mí el recuerdo de una historia curiosa y lúgubre á la vez, de un extraño acontecimiento que me hizo pasar horas amargas. Voy á satisfacer el no expresado deseo de ustedes, relatándola.



A raíz de mi examen profesional en nuestra Escuela Nacional de Medicina y obsequiando un ensueño largamente acariciado, un deseo expresado mil veces con el ardor y el entusiasmo juvenil, mis padres, hoy por mí tan llorados, consintieron en separarse de mí, enviándome á Alemania, donde anhelaba perfeccionar mis estudios y recibir nuevamente la borla de la Facultad. Llegado á la capital de aquel país, logré inscribirme en la cátedra y clínica de un profesor, á las que difícilmente podía ingresarse, dados los requisitos y condiciones que aquel científico eminente exigía en los que solicitaban el honor de ser discípulos suyos. Aún el

orbe entero se inclina con respeto ante el nombre de mi maestro á quien se reputa por eminente autoridad en la ciencia. Me refiero al Doctor Zimmermann cuyas obras son bien conocidas por mis compañeros.

—Ah!—interrumpió el Doctor Robledal,—su tratado sobre toxicología, que contiene preciosas observaciones acerca de cada uno de los venenos y sus efectos en el organismo humano!

—Su obra minuciosa y profunda sobre el hipnotismo: dijo el Doctor Zapiain

—Conozco un libro suyo sumamente curioso é interesante, exclamé entonces: un libro que trata de los misteriosos fenómenos producidos por los sacerdotes ó magos del Egipto y los fakires de la India, estudiados por el Doctor en sus viajes y que revela en él un espíritu escrutador y vastos conocimientos en la materia.

—Justamente, repuso el Doctor Muriel reanudando el hilo de su narración, el Doctor Zimmermann era un hombre de elevada estatura, ancha espalda, musculatura atlética, rostro impasible y mirada perturbadora, mirada de hipnotista, imperiosa y dominante que era imposible sostener largo tiempo cuando, saliendo del ensimismamiento de sus continuas meditaciones, la fijaba en nosotros; su ancha y poblada barba sedosa, de un rubio leonado y surcada por algunas canas, descendía de sus sienes en las que permanecían algunos cabellos, resto de los rizados que abandonaron la parte superior del cráneo en que brillaba la piel sonrosada y tersa; hombre de unos cincuenta y seis años, de voz baritonal y armoniosa, ademanes sóbrios y presencia magestuosa, era un verdadero sabio con sed insaciable de nuevos conocimientos; hijo de un célebre escultor, lo era él también: en su casa admiramos varias estatuas de mármol de Carrara, obra de su fantasía y de su cincel; habíale enriquecido el ejercicio de la medicina; pero todo

lo que ganaba era empleado en la adquisición de aparatos y substancias para sus continuas exploraciones científicas; guardaba esos tesoros en una inmensa galería situada sobre sus habitaciones: su laboratorio al que nadie, excepto él, entraba jamás.

La cátedra anexa al sanatorio, contaba con pocos alumnos: Shultz y Bohemer, alemanes; Durand, francés; Massé, belga; Teglew, ruso; Galdi, napolitano, y éste servidor de ustedes; todos médicos jóvenes y ávidos por llegar á las cimas siempre inaccesibles, ¡ay! del saber. Adorábamos al maestro que nos conducía, por el dédalo inmenso de nuestros estudios, no sólo con su palabra fácil, descriptiva, llena de imágenes que brotaban de su rica fantasía, no solo con la vasta librería, puesta siempre á nuestra disposición en la biblioteca del sanatorio; sino aún con las reproducciones plásticas que, en cera, nos hacía de toda clase de piezas anatómicas, muy superiores por cierto á las que acabamos de ver: la cera, en las manos del Doctor, se transformaba en carne, en hueso, en nervios, piel, arterias, venas, cartílagos, coágulos. . . . en fin, una de aquéllas copias puesta al lado del natural, con él se confundía, era muy difícil distinguirlos. . . y todo ello modelado con rapidez, casi con descuido!



De los tesoros del Doctor, era á no dudar el más valioso su bella y joven compañera: una Gretchen de veintitrés á veinticuatro años, fresca, lozana, de rubia y ondulante cabellera, grandes ojos de un azul cerúleo, rosadas mejillas, boca pequeña de labios rojos y carnosos siempre sonriente y tentadora, cuello mórbido de cútis de seda y cuerpo de formas bellísimas del que las curvas perfectas se

revelaban bajo los los pliegues de sus vestidos vaporosos y elegantes; de carácter bullicioso, jovial y expansivo, de temperamento ardiente é impresionable, parecía más bien hija que esposa del Doctor, con cuyo natural reposado y meditabundo contrastaban sus arranques vivaces y casi infantiles. El la amaba, no con el ardiente y sensual arrebato de la juventud; sino con la pasión inmensa y semi-paternal de la edad madura en que los afectos se engrandecen, purificándose á medida que el espíritu se independe del yugo de los sentidos tiránicos, del aguijón encendido de la ilusión. Era curioso el verla arrojándose atolondradamente al cuello del Doctor imperturbable, cuando éste volvía del sanatorio; un observador atento se habría enternecido al ver la expresión beata y afectuosa que se esparcía entonces por el semblante de Zimmermann y la dulce mirada con que la seguía al subir por la escalera: ella saltando, parloteando y riendo como una chicuela, él con paso tranquilo y acompasado, escuchándola silencioso y sonriente.

Algunas noches, el maestro nos invitaba á acompañarle; ella nos hacía los honores de la casa en la salita de severo mueblaje de vetusto encino, en tanto que Zimmermann, sentado en su amplio sillón, nos daba cuenta de algunas curiosas investigaciones bacteriológicas, físicas, químicas ó de otro género, practicadas á puerta cerrada en aquel *sancta-sanctorum* de su laboratorio, que sólo por referencias conocíamos y al cual anhelábamos ardentemente penetrar. Galdi cantaba algunas romanzas populares acompañado al piano por el ama de casa: alguna de esas barcarolas poéticamente arrulladoras que hacen pensar en Venecia, en sus góndolas que se deslizan á la luz de la luna por el agua cenagosa que corre entre los edificios de aspecto feudal; Durand, de verba inagotable y pintoresca, nos recitaba con gráficos ademanes algunas de sus poesías nostálgicas ó nos contaba chasca-

rrillos y cuentos bufos, á cuyo cosquilleo tentador de risa sólo el Doctor podía resistir. También Teglew solía entonar algunos de esos cantos impregnados de una poesía lánguida que evocaban la tristeza de las estepas interminables bajo el sudario de nieve y entre la bruma monótonamente gris de la Siberia.

En el transcurso de esas veladas íntimas, pudimos hacer una observación que despertó, en los leales discípulos del Doctor Zimmermann, una tremenda inquietud á la vez que una vehemente indignación: abusando de la franca hospitalidad y de la confianza cariñosa, nuestro compañero Teglew había entrado en relaciones ilícitas con la casquivana joven; aquella pasión desenfrenada y criminal había ido revelándose gradualmente, llegando á la osadía, al descaro, al cinismo. Los amantes, contando con la forzada complicidad de nuestro disimulo fundado en el respeto al maestro y en el temor de ser instrumentos determinantes de un terrible drama, que hundiría en la desventura al traicionado esposo, no guardaban casi miramiento, no empleaban precauciones; parecía que desafiaban el peligro, que lo deseaban. Fué en balde que tratáramos de apartar á Teglew de la desastrada y peligrosa vía: nos rechazó con rudeza amenazadora burlándose del Doctor que, demasiado absorto en el mundo de la idea, nada vería de lo que pasaba á su alrededor en el de la realidad cotidiana.



Un año transcurrió así. Una triste mañana de invierno esperábamos la llegada de nuestro profesor en el salón de cátedra del sanatorio, contemplando los minúsculos diamantes que la llovizna

sembraba en los cristales de las ventanas empañados por el vapor que, interiormente, se condensaba sobre ellos; la hora de clase había pasado ya. El insólito retardo del Doctor Zimmermann nos inquietaba llenándonos de extrañeza. Comentábamos el excepcional suceso cuando el criado introdujo una esquila cuyo contenido recuerdo literalmente; decía así: "El Doctor Zimmermann ruega á sus discípulos se sirvan excusar su ausencia. La Señora Zimmermann ha fallecido repentinamente esta misma mañana. Mucho estimaría que sus alumnos se dignaran acudir á esta su casa."

A toda prisa recorrimos entre la neblina las pocas calles que nos separaban del hogar del maestro, á quien encontramos en la alcoba mortuoria donde arreglaba personalmente el desorden de los muebles, apartando ropas y lienzos que, con sus rojas manchas, nos revelaban la hemorragia ocurrida, manchas que se advertían también sobre la almohada en que reposaba la cabeza de la muerta de cuyos labios, por la comisura derecha, pendía un hilillo de sangre coagulada.

—Me permití llamar á ustedes, — dijo el Doctor, — en solicitud de su auxilio. Estoy solo, no tengo parientes ni cuento con personas afectas á mí, fuera de mis discípulos. Ya ven ustedes la desgracia que me aflige. Esta carta, — añadió mostrándonosla, — ha sido el puñal que vino á matarla. La noticia de la muerte de su hermano en América, inesperada y brutal, determinó la ruptura de un aneurisma siendo, como ustedes saben perfectamente, inútiles todos los cuidados y remedios en este caso funesto. Necesito gestionar el sepelio. . . . Usted, Teglew y usted, Muriel: ¿tendrían inconveniente en extenderme el certificado de defunción? Pueden ustedes comprobarla, practicar el examen necroscópico. Acérquese usted, Teglew; levante usted los párpados y

advierta la dilatación pupilar, signo de los más constantes: la tela viscosa aún no comienza á producirse, no ha transcurrido el tiempo necesario. He observado el fondo del ojo con el oftalmoscópio y al cerciorarme de la decoloración de la coroides, en un espasmo de dolor, he roto el pequeño aparato; siento no tener otro que ofrecerles. La frialdad no es completa aún y el cuerpo se manifiesta en el estado de flacidez que precede á la rigidez cadavérica completa, que sobreviene comunemente pasadas seis horas. El corazón exangüe no late; sin embargo, si ustedes desean practicar la cardio-puntura, haré traer una aguja.—Teglew, á quien dominaba una impresión profunda, había avanzado hacia el lecho y practicaba un reconocimiento bajo las miradas del Doctor que brillaban por la emoción.—Acérquese usted, Señor Muriel, —añadió éste,—cerciórese usted..... ojalá yo me hubiera equivocado!

Apartóse Teglew que en vano trataba de dominarse, y yo, por mera complacencia y con mi absoluta confianza en la ciencia de Zimmermann y en el examen practicado por mi compañero; me conformé con observar las pupilas dilatadas de los cerúleos ojos, tanto como podrían estarlo las de una persona que hubiese absorbido una dosis máxima de belladona.

—Está muerta ¿no es cierto? Bien muerta! . . . ¡Qué horrible verdad! — exclamaba con voz trémula el Doctor — ¡Ay! lo he comprobado tantas veces con la insana esperanza de engañarme! A cuyas palabras sucedió una explosión de sollozos y lágrimas que hizo vibrar de dolor nuestros corazones

Extendió Teglew el certificado que firmé con él, y Shultz y Bohemer partieron para arreglar lo necesario y agenciar las pompas del servicio fúnebre.

Permanecimos en la casa hasta la media noche en que el Doctor nos hizo retirar, invitándonos á

regresar por la tarde del día siguiente, en que debía hacerse la inhumación. Acudimos puntualmente á esta cita y, antes de emprender la marcha hacia el cementerio, el Doctor Zimmermann, en cuyo rostro pálido se advertía el trastorno de la noche pasada en vela, abrió el ataúd en presencia nuestra, arreglando el cuerpo que levantó un poco, advirtiéndonos por ello la absoluta rigidez cadavérica y la particular alteración fisonómica producida por el reblandecimiento del globo ocular del que pudimos percibir bajo los párpados una franja delgada y ya opaca.

Cerró el Doctor el sudario cuyos pliegues se habían deslizado descubriendo parte del hermoso pecho y las manos marfilinas, bajó la tapa del féretro al que echó la llave y que nosotros tomamos sobre nuestros hombros y, tras él, emprendió la marcha del brazo de Durand, á quien por vez primera veíamos serio y cariacontecido.



El grupo de alumnos disminuyó paulatinamente sin que nuevas inscripciones viniesen á completarlo, pues el Doctor rechazó siempre, desde entonces, toda solicitud. Doctorados Durand y Shultz, Bohemer abandonando las aulas por la ruina de su familia, y Teglew inoculado de una manera inexplicable, con una enfermedad consuntiva y asquerosa que le llevó á su país para morir al lado de los suyos, no quedamos más que Massé y yo en la clínica, que fué el primero en abandonar dos años después de la defunción de la hermosa rubia, luego que recibí mi título del Instituto.

Emprendí una gira de recreo por la Europa, pasando finalmente á despedirme del Doctor Zimmermann antes de regresar á México. Hallé á mi

venerado profesor cambiado por completo: había encanecido, transformándose el rozagante color de su rostro, surcado de arrugas, en un tinte icterico, verdoso, cetrino; su entrecejo contraído tenía no se qué expresión de ferocidad que, hasta entonces, nunca había yo advertido, y que sus distracciones acentuaban; su hablar era aún más lacónico y no tuve la fortuna de disfrutar de algunos de sus anteriores momentos de expansión y cordialidad. La pérdida de su esposa debió ser para él un golpe anonadador que el transcurso del tiempo exacerbaba. ¡La amaba tanto! . . .

El día señalado para mi postrera despedida, quiso él acompañarme hasta la estación, galantería exquisita y tanto más de agradecer, cuanto sus múltiples labores y la concentración de su carácter la hacían menos de esperar; llegábamos casi al andén cuando, al atravesar la boca-calle, un automóvil que bajaba con excesiva velocidad tropezó con nosotros; una de sus ruedas delanteras dió en la maleta que yo llevaba, arrojándome de rechazó sobre la acera, donde caí sin hacerme daño gracias á la gruesa manta de viaje que llevaba yo al hombro; no tuvo el Doctor Zimmermann la misma fortuna: habiéndose retrasado dos pasos, fué lanzado por el radiador del pesado vehículo, como por un ariete, á la distancia de seis metros donde cayó de espalda sobre el duro suelo. Excuso el referir á ustedes más detalles del caso, por fáciles de suponer. Levantéme lleno de polvo y maltrecho, acudiendo en socorro de mi maestro que yacía privado de sentido.

Con ayuda de algunos curiosos le llevamos á la oficina de policía de que nos hallábamos á poca distancia y, con el socorro del médico y practicantes de guardia, tratamos de reanimarle. Fué inútil afán! La conexión cerebral producida por el brutal choque, había concluído con la preciosa existencia de uno de los más grandes luminare de

la ciencia médica, de uno de sus campeones más denodados!



Llenadas todas las formalidades legales, obtuve el que se me permitiera trasladar el cuerpo del Doctor á su casa y, como carecía de herederos, se me hizo acompañar por dos funcionarios encargados de formar el inventario de los bienes del Doctor y poner sellos á las puertas. Hice avisar á Massé que continuaba adscripto al sanatorio, y con su ayuda preparé lo necesario para depositar el cuerpo de nuestro profesor en su última morada.

Procedióse al inventario: muebles, alfombras, cortinajes, vajilla..... todo fué listado debida y minuciosamente. Concluída la inspección de las habitaciones y ya al anochecer, quedaba solamente por practicar la del laboratorio; confieso que mi corazón y el de Massé palpitaron fuertemente: íbamos á penetrar al recinto sagrado, al siempre vedado objeto de nuestra curiosidad. Las llaves fueron encontradas en el bolsillo del pantalón del Doctor, atadas al grueso cinturón de cuero labrado, con fuerte cadena de acero.

Abierto el amplio departamento, no pudimos contener un grito de admiración: la galería estaba literalmente cuajada de riquezas, dispuestas con exquisito orden y extraordinaria limpieza; máquinas eléctricas, radiadores, condensadores, hornos y estufas, alambiques, retortas, todo lo que puede figurar en los más ricos gabinetes de física y de química; anaqueles repletos de las más costosas y finas substancias, vitrinas con el más completo y escogido arsenal quirúrgico, cuyo acero limpiísimo brillaba sobre el fondo de terciopelo morado de los estuches abiertos; mesas para operaciones, caba-

lletes llenos de probetas, matraces y cápsulas con cultivos bacteriológicos ó precipitados y soluciones; microscopios, balanzas de precisión, cámaras fotográficas y micro-fotográficas; textos raros y valiosos en los librereros de caoba; vitrioleros con piezas anatómicas curiosísimas..... en una palabra: cuanto pudiera desear el sabio más laborioso, cuanto pudiere necesitar para la práctica de sus investigaciones y trabajos, tanto se hallaba allí acumulado lenta y constantemente por aquel espíritu superior. La formación del inventario prometía prolongarse hasta el siguiente medio día ó aún más. Nos entregamos con ardor á este trabajo.

No habría transcurrido una hora después de haber dado principio á la tarea, cuando rompiendo el silencio de la galería, vibró un ahogado acento doloroso. Parecía un gemido prolongado y lúgubre, mitad sollozo humano, mitad ahullido de lobo herido y que llegaba á nuestros oídos confuso, como á través de compactos muros, como si resonara en subterráneas bóvedas, un lamento sepulcral que hizo erizar nuestros cabellos. Permanecemos unos momentos suspensos, sorprendidos, como interrogándonos con las miradas, como si cada uno de nosotros dudara de sus propios sentidos, creyéndose víctima de una alucinación. La tristísima queja volvió á repetirse, pareciéndonos que brotaba del oscuro fondo del salón.

Repuestos de la primera impresión y no siendo gente crédula en apariciones, espíritus, trasgos ó duendes, supusimos que, tras de la clausurada puerta de aquella pared, divisoria de algún departamento adyacente, debía existir algún animal encerrado: quizá un perro, único y fiel compañero del experimentador Zimmermann y que, al escuchar nuestras voces, para él extrañas, ó quizá revelándole su instinto la muerte de su amo, lanzaba sus ahullidos dolorosos. Decidimos cerciorarnos, interrogando á la escasa servidumbre; nadie tenía

noticia de que el Doctor tuviera animal alguno consigo en el laboratorio, jamás lo habían visto ni oído, jamás se había dispuesto alimento alguno para él..... habíamos soñado despiertos!.....

Seguros del testimonio de nuestros oídos y llenos de interés y curioso afán por el misterio, convenimos en explorar desde luego aquel aposento. La puerta, que en un principio tomamos por una obra de carpintería, era en realidad una gruesa y pesada plancha de hierro forjado pintada al oleo, imitando la caoba de las demás que cerraban la galería. Sin duda era la caja fuerte del Doctor la que íbamos á abrir y tal vez su especial resonancia, sus extrañas condiciones de acústica, habían hecho repercutirse en ella el eco de algún clamor callejero.

Revolviendo el puñado de llaves encontramos el llavín de aquella cerradura que, cuidadosamente engrasada, lo mismo que las visagras, funcionó sin el menor ruido girando la hoja hacia dentro y dando salida á una atmósfera viciada y mal oliente que nos hizo retroceder. La caja mural guardaba sólo un montón de paja, un cántaro y un fragmento de pan roído y, en el fondo, acurrucado en la tiniebla, un ser miserable, haraposo, desgarrado y sucio, en cuyo lívido semblante de espectro fosforecían los ojos y cuya cabeza sacudía en morbooso balanceo la desgredada melena: silueta confusa y espantosa, ser degenerado, vivo resto humano que de aquella prisión arrancamos y cuyo aspecto, á Massé y á mí, nos hizo castañear los dientes por el terror.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo 1625 MONTERREY, MEXICO

¿Era, pues, posible que los muertos salieran de su tumba?..... Era ella, la rubia Gretchen, ó más bien, su espectro, su despojo; su cuerpo macilento

que se estremecía por la fiebre, demacrado, consumido, leyéndose el idiotismo y la vesanía en las pupilas de los cerúleos ojos!..... Era la esposa del Doctor, de cuya muerte dimos fe Teglew el Judas, Teglew el amante criminal, y yo. Zimmermann nos había engañado; había abusado de mi respeto y de la confianza que nos inspiraban su saber y su honorabilidad, aprovechándose inteligentemente de la perturbación de la culpable conciencia de su rival, de cuya misteriosa inoculación penetré el secreto en ese instante! Pero, entonces, el cadáver que habíamos visto encerrar en el ataúd y sepultar en nuestra presencia: ¿de quién era? ¿Había Zimmermann arrancado de la tierra sagrada á su esposa después de sumergirla en muerte aparente, ó volviéndola á la vida por arte mágica para vengarse?

Fuí procesado por falsa certificación. El testimonio que de mis compañeros invoqué, la circunstancia de ser el documento todo de puño y letra de Teglew, mis antecedentes y los del caso, influyeron en el reconocimiento de mi inocencia y, principalmente quizás, la honda impresión que produjo en el jurado y en todos los círculos sociales, practicada la exhumación, esa inimitable y maravillosa escultura de cera.



EL VESTIDOR.

A todos los diablos daba yo la inopinada ocurrencia de mi buen tío Don Secundino quien, al pasar por frente al Nacional Monte de Piedad, cedió á la tentación de *echar un vistazo*, obligándome á penetrar en su seguimiento por aquel mare magnun de curiosos, mercaderes de ocasión y mozos de cuerda que imposibilitaban el paso, estacionados entre el mostrador y los pianos y armoniums de diversas formas, tamaños, marcas y épocas, que había colocados entre puerta y puerta; renegando, sudando á mares y abriéndome paso trabajosamente y á fuerza de codazos que se me devolvían acompañados de pisotones y palabras duras, pude ir en pos de mi tío, dando vuelta al mostrador y atravesando de perfil y estirándome cuanto más podía por los estrechos pasillos que la variedad de sofás, sillas y sillones formados en hilera, dejaban entre sí y las máquinas de coser, burós, roperos, tocadores, camas desarmadas, escritorios, tinas, y qué sé yo cuantas otras cosas.

Más de una vez, al cruzar con algún curioso de vientre elevado, estuve á punto de sentarme contra mi voluntad en algún canapé de brocado y terciopelo descoloridos y sucios, raídos por el